

Pero no sólo del funcionalismo es precursor Ibn Jaldún. Su división de los regímenes de agricultores sedentarios y pastores, y la separación de los pastores de camellos del resto, según las diferencias del nomadismo originadas por la adaptación de hombres y animales al medio desértico, es para Caro Baroja el camino marcado para la definición de un gran ciclo cultural formado por pueblos que habitan, desde Asia a África, los grandes desiertos³⁰. Asimismo, la oposición que Ibn Jaldún establece entre los rasgos de la forma de vida rústica y urbana es puesta de actualidad, relacionándola con el análisis de comunidades rurales de Redfield. La solidaridad de los nómadas saharianos, esgrimida por el escritor musulmán como uno de sus rasgos sociales más «funcionales», es comparada a la «solidaridad mecánica» definida por Durkheim. Se destaca también la parte de la obra del pensador medieval que relaciona cultura y personalidad³¹, etc. Con todo, la valoración de las aportaciones parciales o concretas de Ibn Jaldún no es lo más importante para Caro Baroja, quien, en el párrafo que, a pesar de su extensión, copiamos, le sitúa por encima de las escuelas dominantes en la antropología del siglo XIX y primera mitad del XX, y sólo comparable a las más modernas tendencias posteriores al funcionalismo:

Pocos aceptan hoy en términos absolutos la caracterización de los ciclos hecha por Graebner y Schmidt, a causa de la rigidez y el mecanicismo de que adolece. Bastantes son también los que no comparten ya las opiniones de uno de los más violentos debedores del método histórico-cultural (aludo a Malinowski), que pretendió haber hallado, no por un método espacial y formal, pero sí por medio de otro conceptual más amplio, una especie de nexos racionales entre las *funciones* económicas, religiosas, sociales, artísticas, etc., llegando a un esquema utilitario de muy poca originalidad, pobre resultado para una vida en que llevó a cabo multitud de observaciones brillantísimas.

Aben Jaldún, intelectual mahometano medieval, nos acerca más bien que estos autores famosos al punto de vista que preconizan los más avanzados entre los antropólogos sociales del día, a saber: que conviene explicarse y describir las sociedades y culturas que se estudien haciendo uso ante todo de los valores propios de aquellas sociedades y culturas mismas, dejando para después, en todo caso, el teorizar desde el punto de vista propio de nuestra sociedad. Las oscuridades, disarmonías y vaguedades que quepa hallar en él no son nada comparadas a las que se encuentran en cualquier investigación europea del pasado siglo o de comienzos del actual³².

El folklore y la etnología europea

La resistencia de Caro Baroja a considerar la antropología como un conocimiento exclusivamente ceñido a la profesionalización académica moderna, que le hace valorar tanto las «fuentes» de datos etnográficos procedentes de la literatura o los viajeros, así como de filósofos o historiadores, a pesar de que no construyan un discurso antropológico distintivo y especializado, se plasma también al interesarse por el desarrollo de una mate-

³⁰ *Ibíd.*, p. 22.

³¹ *Ibíd.*, p. 44.

³² *Ibíd.*, pp. 38-39.

ria y un gremio marginal o considerado diferente por los llamados a sí mismos antropólogos: el folklore y los folkloristas.

A los dos puntos mencionados al comentar el *Análisis de la cultura y Los fundamentos...*, de concepción pluridisciplinar y valoración de la propia cultura como lugar idóneo para construir un proyecto antropológico, hay que unir que el folklore constituye para el autor una materia cercana y familiar, en el sentido de que es en ella donde más encuentra el tipo de investigación, o al menos los datos, necesarios para elaborar sus trabajos sobre las culturas hispánicas. Su apreciación del pasado, por tanto, no sólo se refiere a las grandes teorías, ni a las tendencias que lograron ser dominantes, acoge también los niveles más modestos de la investigación y aquellos círculos que resultan ser marginales, bien por su situación de inferioridad frente a las potencias científicas (caso de España), o bien por su consideración de relativo no reconocimiento profesional o académico (caso del folklore y los folkloristas). Así, en 1949, escribe una frase reivindicativa que muestra muy claramente una situación aún hoy no superada por completo:

En la península ibérica, contra lo que comúnmente se cree, ha habido muchos folkloristas. En cambio, son contados los etnólogos. Con frecuencia se oye decir en medios intelectuales que sobre tal o cual tema no hay escrito nada, que en España casi todo está por hacer; al hablar de Folklore se asegura esto más de lo que debiera. No, en España hay mucho hecho y escrito. Lo que ocurre es que el inmenso material acumulado está inconexo y falto de elaboración. Existen autores extranjeros a los que se deben trabajos doctrinales y, sobre todo, valiosas monografías acerca de temas hispánicos, pero muchos de los grandes teóricos de la Etnología han desconocido o desconocen la bibliografía española casi por completo: «Hispánica non leguntur», podría también afirmarse con razón, como se hacía respecto a Rusia³³.

Así pues, otra lectura importante de la obra historiográfica de Caro Baroja está en ver que en la historia hay una búsqueda de identificación, que va desde las señas más personales del autor (la importancia atribuida a Kant en función de una influencia propia) a las más generales, de un concepto de la antropología que se basa en sociedades complejas y con profundidad histórica y que se trabaja en un país —España— con una determinada tradición, que es más consonante con el folklore y lo que se hacía en Francia o Alemania, que con la antropología concebida al modo clásico y dominante anglosajón. En el reconocimiento de esta tradición de investigación antropológica nacional (con muchas dosis de folklore) es también Caro Baroja el más directo precedente de los estudios historiográficos hechos por antropólogos españoles en la actualidad.

³³ J. Caro Baroja, *Análisis de la cultura (1949)*, pp. 7-8.

Biografías

En el interés demostrado por Caro Baroja hacia la biografía como forma de acercamiento a la historia, la sociedad y, evidentemente, el individuo, puede reconocerse otro elemento del mismo proyecto teórico y metodológico que estamos viendo en sus trabajos de historia de la antropología y que se trasluce en toda su obra. El género biográfico ocupa en ella un lugar importante y abarca desde aspectos teóricos en torno a su validez como conocimiento científico³⁴, hasta la autobiografía, la semblanza necrológica o de homenaje, la biografía histórica o la historia de vida³⁵. Las diferencias entre unas y otras son grandes, y nos interesan aquí de forma especial aquellas dedicadas a antropólogos (Frazer, 1941; Aranzadi, 1961; Barandiarán, 1963; Hoyos, 1971) y folkloristas (Azkue, 1966; Rodríguez Moñino, 1968; García de Diego, 1976, etc.).

Un denominador común que cabe hallar en todas éstas es que se trata de semblanzas hechas en homenaje (póstumo o no) de personas relevantes en el ámbito científico, lo que les da una forma hasta cierto punto estereotipada y, en general, laudatoria. Sin embargo, incluso esta finalidad reivindicativa, profesional o académica, tiene interés (además de por la información que se aporta) porque manifiesta una intención de identificación con determinados ámbitos y personas; en definitiva, con una profesión común. Es cierto que una característica importante de estos escritos es que están dedicados a personas con las que el autor ha tenido una relación personal directa (o intelectual en el caso del artículo dedicado a Frazer). Pero, a pesar de que, en un principio, puedan ser catalogados como una galería de retratos —y así, junto a otros, fueron recogidos en los libros *Semblanzas ideales*³⁶ y *Biografías y vidas humanas*³⁷— que incluye a aquellas figuras cuya relación personal e influencia intelectual, y no sólo profesional, es significativa en la propia biografía de Caro Baroja y, por tanto, sin otro nexo de unión entre ellas³⁸, no debe olvidarse que las figuras escogidas para biografar lo son también en su papel de «fundadores» de la disciplina antropológica en nuestro país: Aranzadi, Hoyos, Barandiarán, tienen indudablemente esta categoría. El dedicarles un estudio biográfico indica una intención de valorar la tradición de investigación antropológica que haya podido haber en España en un período anterior al actual; indica también una preocupación por los problemas de continuidad tradicionales en nuestra historia científica. A través de la exposición de las actividades profesionales de las figuras de generaciones precedentes se intenta demostrar: que ha habido investigación y aportaciones de consideración; que éstas se han desarrollado en un medio poco propicio a la institucionalización de la disciplina; que no ha existido interés por mantener la continuidad con la obra

³⁴ J. Caro Baroja, *Género biográfico y conocimiento antropológico* (Madrid: RAE, 1986).

³⁵ F. Castilla Urbano, «Sobre la "Nueva Historia": Autobiografía, biografía e historias de vida en la obra de Julio Caro Baroja», *Antropología*, 4-5 (1993), 163-182.

³⁶ *Semblanzas ideales* (Madrid: Taurus, 1972) recoge los artículos previamente publicados sobre Telesforo de Aranzadi, José Miguel de Barandiarán y Resurrección M.^a de Azkue, como «maestros vascos».

³⁷ En *Biografías y vidas humanas* (San Sebastián: Txertoa, 1986) se vuelven a publicar las semblanzas de Antonio Rodríguez Moñino y Luis de Hoyos Sáinz.

³⁸ F. Castilla, «Sobre la "Nueva Historia"...» (1993), pp. 164-165.

de las generaciones anteriores; que el autor, no obstante, se siente heredero de esta obra; y que el asumir esta herencia le identifica como investigador y como profesional.

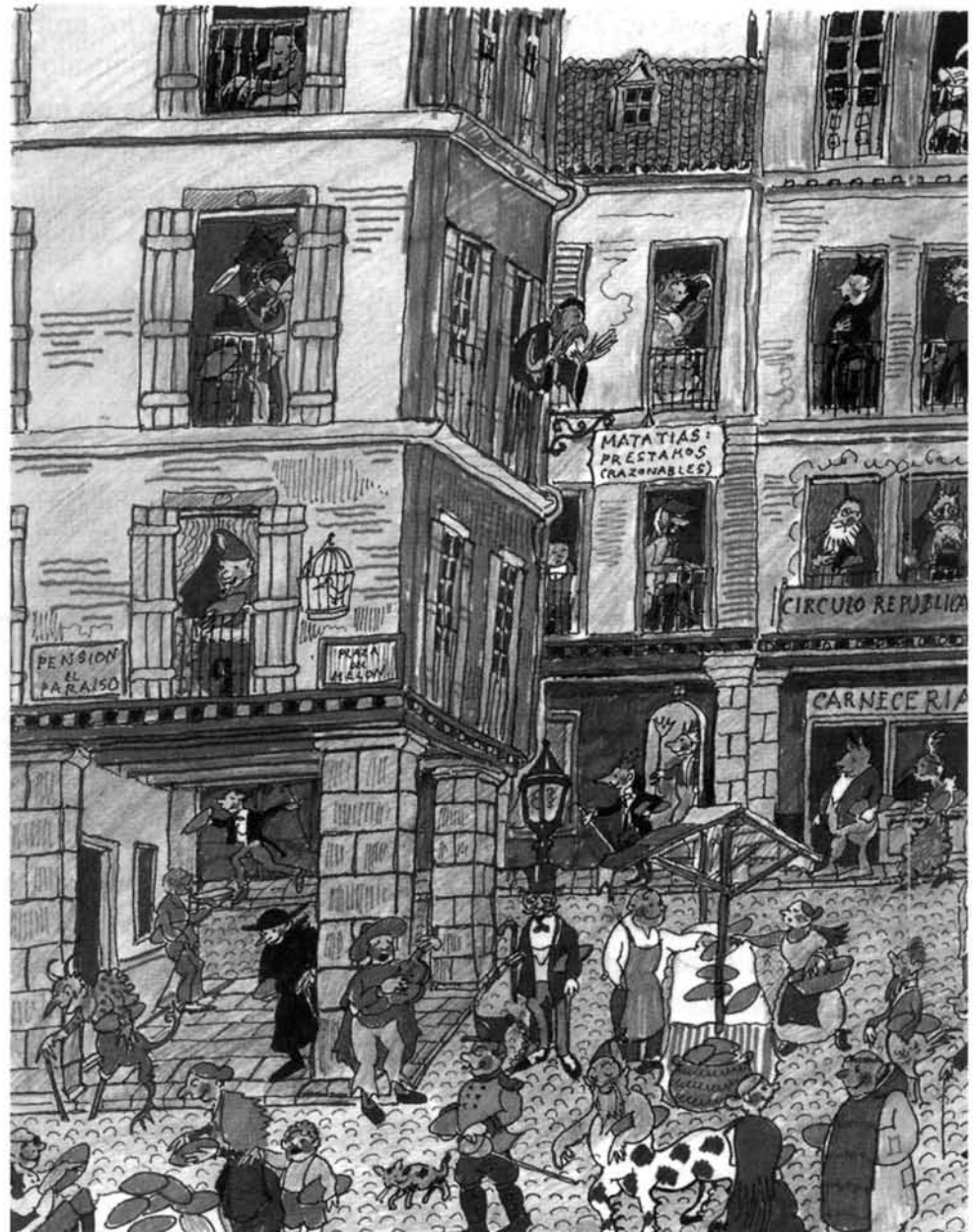
En este sentido, las biografías de profesionales hechas por Caro Baroja no son simples recuerdos escritos de personas a las que quiso y admiró, o con las que se relacionó. Significan mucho más, porque en ellas confluyen, lógicamente adaptados al género, todos los puntos de motivación para la tarea historiográfica que se han venido señalando: abordaje de la historia de la antropología partiendo de lo más cercano (el propio país, las personas que conoció); respeto por lo pasado, interés por rescatar obras y personas no valoradas en la actualidad; concepto de continuidad entre la ciencia pasada y la actual, todo es un continuo y Caro Baroja es consciente del peso de este pasado en él mismo y en su obra; postura ante los problemas tradicionales del desarrollo científico de España (desconocimiento de lo que hay hecho, aislamiento, falta de continuidad); integración de historia, etnología y folklore como disciplinas que deben verse relacionadas; y, por último, óptica personalista en el enfoque de la historia de la disciplina, cercana a la heterodoxia y resistente a formar parte de escuelas definidas y con nombre de tales.

Nada mejor que un texto significativo de Caro Baroja, tomado de uno de sus estudios biográficos (el dedicado a Luis de Hoyos Sáinz) para concluir esta exposición:

Se habla de grandes realizaciones en el campo de la Investigación, de la Ciencia. Todo esto está muy bien. Pero hablemos ahora de continuidad. Sin salirnos del marco de las instituciones y actividades dentro de las que se desarrolló la vida pública de Don Luis de Hoyos, podemos preguntarnos: ¿Qué pasa con el antiguo Museo Antropológico, donde trabajaron Cajal, Olóriz, Aranzadi, Hoyos, etc.? ¿Qué ha sido del humilde laboratorio de Don Santiago, de la colección de cráneos formada por Olóriz? ¿Qué de parte de las colecciones de Filipinas? ¿Cómo «vive» el Museo del Pueblo Español? Signos graves de que la «continuidad» se ha roto los hallaríamos en otras partes. Ahora bien: ¿Qué Ciencia puede hacerse sin cierto espíritu de continuidad con las instituciones? Los hombres del día dan la callada por respuesta y hablan de lo que ellos crean³⁹.

³⁹ J. Caro Baroja, «Don Luis de Hoyos Sáinz (1868-1951)», Publicaciones de la Institución de Etnografía y Folklore Luis de Hoyos Sáinz, III (1971), pp. 17-18.

Carmen Ortiz García



Julio Caro Baroja: *La melonera* (Fragmento)